

NEW LEFT REVIEW 142

SEGUNDA ÉPOCA

SEPTIEMBRE-OCTUBRE 2023

ARTÍCULO

LOLA SEATON	Sobre el «capitalismo político»	7
NATHAN SPERBER	Partido y Estado en China	35
ANAHID NERSESSIAN	Notas sobre el tono	63

LA SITUACIÓN DE GRAN BRETAÑA

PETER WOLLEN	La nueva ola británica	87
RAYMOND WILLIAMS	La ficción y el teatro	95
ERIC HOBSBAWN	La sociedad, la nueva y la vieja	III
RALPH MILIBAND	Si el Partido Laborista gana...	125
PERRY ANDERSON	Giorgio Fanti	139

CRÍTICA

ROBIN OSBORNE	¿Es importante el mundo antiguo?	155
GREY ANDERSON	Grandes narrativas	168

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

ts
traficantes de sueños



LOLA SEATON

REFLEXIONES SOBRE EL «CAPITALISMO POLÍTICO»

«SIETE TESIS SOBRE la política estadounidense», de Dylan Riley y Robert Brenner, artículo publicado tras las elecciones legislativas estadounidenses de medio mandato celebradas el invierno pasado, ha sobrevivido a su publicación puntual de forma sorprendente. El artículo desencadenó un debate reflexivo, amplio y en ocasiones técnicamente intrincado, que ha trascendido las páginas de la *New Left Review*, ha suscitado respuestas en *Jacobin* y *The Brooklyn Rail*, ha propiciado substacks y podcasts e implicado a varias generaciones de autores. Los interlocutores de Riley y Brenner publicados en esta revista hasta la fecha —Matthew Karp, Tim Barker y Aaron Benanav— forman parte de una cohorte de intelectuales radicales educados por el estallido y los efectos de la crisis de 2007-2012. La riqueza y el rigor de la discusión actual supera con creces lo que el análisis de la izquierda podía movilizar hace una década¹. El objetivo inmediato de «Siete tesis

¹ Dylan Riley y Robert Brenner, «Seven Theses on American Politics», *NLR* 138, noviembre-diciembre de 2022; Matthew Karp, «Party and Class in American Politics», *NLR* 139, enero-febrero de 2023; Tim Barker, «Some Questions about Political Capitalism», *NLR* 140/141, marzo-junio de 2023; Aaron Benanav, «A Dissipating Glut», *NLR* 140/141, marzo-junio de 2023 [ed. cast.: «Siete tesis sobre la política estadounidense», *NLR* 138, enero-febrero de 2023; Matthew Karp, «Partido y clase en la política estadounidense: Réplica a “Siete tesis sobre la política estadounidense”, de Riley y Brenner», *NLR* 139, marzo-abril de 2023; Tim Barker, «Algunas cuestiones sobre el capitalismo político: Réplica a “Siete tesis sobre la política estadounidense”, de Dylan Riley y Robert Brenner», *NLR* 140-141, mayo-agosto de 2023; Aaron Benanav, «Un exceso de capacidad devorador», *NLR* 140-141, mayo-agosto de 2023]; véase también, entre otros, J. W. Mason, «Yes, Socialists Should Support Industrial Policy and a Green New Deal», *Jacobin*, 6 de abril de 2023, y Jamie Merchant, «The Economic Consequences of Neo-Keynesianism», *The Brooklyn Rail*, julio-agosto de 2023.

sobre la política estadounidense» era doble: en primer lugar, explicar los resultados inesperadamente sólidos obtenidos por el Partido Demócrata en las elecciones de medio de mandato de noviembre de 2022 y, en segundo, evaluar la complejidad ideológica y las consecuencias macroeconómicas de la *bidenomics*, la política económica de Biden, esto es, la aprobación de toda una panoplia de estímulos fiscales, así como del paquete de políticas neindustriales y econacionalistas aprobadas por su gobierno con el apoyo consensuado del Partido Demócrata y del Partido Republicano: la *Infrastructure Investment and Jobs Act* (2021), la *CHIPS and Science Act* (2022) y la *Inflation Reduction Act* (2022). Las diversas tesis de Riley y Brenner —«en bruto», «inacabadas» y «propuestas con un espíritu experimental y provisional»— albergaban «la intención de provocar un debate más profundo». Antes de revisarlas en detalle merece la pena reflexionar sobre las razones que les han hecho cosechar tanto éxito.

A contrapelo de la tendencia presente en los análisis políticos estadounidenses a descuidar la «historia económica que estructura los cambios acontecidos en el sistema político»², «Siete tesis sobre la política estadounidense» intenta comprender los acontecimientos coyunturales —resultados electorales, políticas públicas— vinculándolos a la «profunda transformación estructural» acaecida en el seno del capitalismo estadounidense, a saber, la aparición de un «nuevo régimen de acumulación, que podemos denominar provisoriamente capitalismo político [en el cual] el poder político puro, y no la inversión productiva, es el determinante clave de la tasa de rentabilidad». Al esbozar estos cambios estructurales a largo plazo en la dinámica de la acumulación, Riley y Brenner intentaban dilucidar las condiciones y los parámetros de la política. Es la enorme profundidad de su análisis lo que explica la intensidad y el calibre de las respuestas que ha suscitado, así como tal vez el carácter preponderantemente crítico de las respuestas. Una investigación sobre el sustrato material y las «estructuras» de la política estadounidense, inevitablemente algo esquemática y general, está destinada a eludir o distorsionar algunos de los aspectos más matizados de la coyuntura, especialmente una tan compleja y fluctuante como la existente a principios de la década de 2020.

Con independencia de las posibles fallas del planteamiento, las desconcertantes características del periodo presente exigen en opinión de la

² Perry Anderson, «Homeland», *NLR* 81, mayo-junio de 2013, p. 31.

mayoría de quienes han leído «Siete tesis sobre la política estadounidense» el tipo de análisis desenfadado y ambicioso desplegado en las mismas. El debate es un intento de abordar una sucesión de crisis sin precedentes registradas en el corazón del sistema capitalista, así como las reacciones políticas específicas que estas han provocado: la lenta y vacilante recuperación del sistema financiero, que estuvo a punto de colapsar en 2008; las políticas de austeridad y las ejecuciones hipotecarias, que afectaron a la clase trabajadora, mientras la flexibilización cuantitativa y los tipos de interés próximos a cero llevaron los precios de los activos a cotas vertiginosas; el auge de los nuevos gigantes tecnológicos, que han impuesto el monopolio privado sobre las comunicaciones digitales y la regulación algorítmica; la conmoción política acarreada por la victoria de Trump en el sistema bipartidista y el *establishment* liberal; el deterioro de las relaciones entre Estados Unidos y China, que comenzó en 2018 y se ha intensificado bajo el mandato de Biden; la avalancha de fenómenos meteorológicos extremos a medida que el mundo se calienta más rápido de lo previsto; el punto de inflexión de la pandemia, que hizo que el gobierno federal estadounidense ingresara dinero en efectivo en las cuentas bancarias de los trabajadores y de las empresas, mientras grandes sectores de la economía mundial se paralizaban; el aumento de los precios al consumidor, con picos registrados en los precios de los alimentos y los combustibles impulsados por una feroz guerra terrestre librada en Europa y las consecuencias desencadenadas sobre la cadena de suministros global por los efectos de la Covid-19, junto con la existencia de un mercado de trabajo tensado, que registraba un desempleo en Estados Unidos en junio de todavía el 3,6 por 100 a pesar de las diez subidas sucesivas de los tipos de interés decretadas por la Fed desde marzo de 2022³. Subyacentes a este conjunto de conmociones, persisten los síntomas de un malestar más profundo y duradero derivado de la desaceleración secular de la economía mundial, que se ha visto agravado por la débil y desigual recuperación registrada durante la década de 2010: estancamiento de los salarios reales y empeoramiento de la precariedad, tasas de acumulación deprimidas aun cuando los beneficios se han reanimado y un sector financiero hipertrofiado y frágil cada vez más dependiente de los estímulos monetarios y de los rescates públicos. Independientemente de que el concepto de capitalismo político, la innovación conceptual fundamental de «Siete tesis sobre la política estadounidense», sea o no la forma adecuada de captar todas estas

³ «Economic News Release: Employment Situation», Bureau of Labor Statistics, 7 de julio de 2023.

novedades, por no decir patologías, de la época, pocos podrían cuestionar que hay que, como escribió Barker, «darle una vuelta a todo lo que está sucediendo».

El capitalismo político desempeñó un papel menos prominente, pero aún así estimulador, en los análisis anteriores de Riley y Brenner publicados en esta revista, incluyendo el artículo de este último «Saqueo pantagruélico», que contenía la auditoría de los rescates efectuados por la Fed autorizados por la *Coronavirus Aid, Relief, and Economic Security Act* aprobada por Trump en marzo de 2020, y «Líneas de fractura», texto publicado por Riley tras la elección de Biden a finales de ese mismo año. Pero el concepto también se inspira y elabora ideas formuladas en escritos más antiguos. Un antecedente importante del presente debate es el editorial escrito por Brenner para acompañar el lanzamiento de *Catalyst* en 2017 en el que bosquejó los fundamentos del nuevo régimen de acumulación. Pero el análisis histórico clave, que prepara el terreno para la aparición del concepto y varios de cuyos aspectos han sido objeto de discusión en el transcurso del presente debate, es el influyente estudio de Brenner sobre la trayectoria seguida por el capitalismo mundial durante el periodo de posguerra, expuesto por primera vez en el número especial de la *NLR* 1/229 (mayo-junio de 1998) y publicado posteriormente como *The Economics of Global Turbulence* (2006)⁴, varios aspectos del cual han sido reconsiderados en el curso del debate. Las «Siete tesis sobre la política estadounidense» no solo han reavivado argumentos de más alcance y más antiguos sobre las vicisitudes del sistema capitalista, sino que los puntos más controvertidos y los parámetros del debate suscitado han ido cambiando a medida que este avanzaba, utilizándose el concepto de «capitalismo político» para explicar fenómenos locales muy dispares, desde las ayudas concedidas durante la pandemia hasta la quiebra del Silicon Valley Bank⁵.

⁴ Robert Brenner, «Escalating Plunder», *NLR* 123, mayo-junio de 2020; Dylan Riley, «Faultlines: Political Logics of the US Party System», *NLR* 126, noviembre-diciembre de 2020 [ed. cast.: Robert Brenner, «Saqueo pantagruélico», *NLR* 123, septiembre-agosto de 2022; Dylan Riley, «Líneas de fractura: la lógica política del sistema político en Estados Unidos», *NLR* 126, enero-febrero de 2021]; Robert Brenner, «Introducing *Catalyst*», *Catalyst*, vol. 1, núm. 1, primavera de 2017; Robert Brenner, «The Economics of Global Turbulence», *NLR* 1/229, mayo-junio de 1998; ed. cast.: *La economía de la turbulencia global*, Madrid, 2009.

⁵ Esta última fue el objeto del artículo «Drowning in Deposits»/«Anegados en liquidez», de Riley, un provocativo apéndice a «Siete tesis sobre la política estadounidense», publicado en *Sidecar/El Salto*, 4/13 de abril de 2023.

El debate, dado su carácter exhaustivo y proteico y dada la rápida evolución de la situación en el mundo real, ha parecido en ocasiones, como era de esperar, que corría el riesgo de convertirse en algo intrincado y difuso. Este artículo tratará, pues, en primer lugar, de acotar el debate y, en segundo, de expandirlo: intentará, por consiguiente, delimitar algunas de las cuestiones más importantes y fundamentales planteadas y reflexionar sobre lo que está en juego políticamente al postularlas. Al hilo de esta tarea, el objetivo será si no resolver al menos delimitar y definir las hipotéticas áreas de confusión y contradicción, de ambigüedad y paradoja, más inmediatas, que salpican el concepto de «capitalismo político» a la espera de que el recalibrado del debate en términos más estilizados y reflexivos facilite una discusión más intensa al tiempo que más refinada, perspicaz y productiva.

Las siete tesis

Dado que las elecciones de medio mandato castigan tradicionalmente al partido en el poder, ¿por qué la tan cacareada «ola republicana» no ha conseguido inundar el Congreso a pesar de los mediocres índices de aprobación cosechados por Biden en una situación de persistentes presiones inflacionistas⁶. El análisis convencional apuntaba a factores inmediatos y contingentes: la revocación por el Tribunal Supremo del derecho constitucional al aborto en el verano de 2022 o el extremismo desagradable de los candidatos republicanos apoyados por Trump (y, en algunos casos, impulsados deliberadamente con fondos de donantes demócratas). Para Riley y Brenner estas explicaciones «prescinden del panorama general»: la recomposición sociológica de las bases de los dos grandes partidos estadounidenses durante las dos últimas décadas, que ha transformado el carácter de las elecciones. Mientras que durante buena parte del siglo XX se produjeron «importantes oscilaciones

⁶ Durante los meses precedentes a las elecciones de medio mandato, las tasas de aprobación de Biden eran del 38 por 100, habiendo descendido de las registradas en torno al 50 por 100 tras su toma de posesión como presidente. Clinton recogía el 41 por 100 de aprobación antes de las elecciones de medio mandato de 1994 en las que los Republicanos se hicieron con el control de ambas cámaras. Aunque la inflación registró su punto álgido en junio de 2022, alcanzando el 9,1 por 100, en octubre se mantenía por encima del 7 por 100, mientras los precios de los alimentos seguían subiendo casi el 11 por 100. Véase Amina Dunn, «Biden's Job Rating Is Similar to Trump's But Lower Than That of Other Recent Presidents», Pew Research Center, 20 de octubre de 2022; los índices de inflación, desglosados por meses, se presentan en el US Inflation Calculator, utilizando el índice de precios de consumo proporcionado por el Bureau of Labor Statistics.

electorales y grandes mayorías en el Congreso para el bando ganador», el siglo XXI se ha caracterizado por un febril estancamiento, que ha propiciado estrechas victorias conseguidas gracias a la participación de «un electorado intensamente movilizado pero nítidamente dividido».

La «peculiar intensidad» de las últimas elecciones –un hiperpartidismo que ha producido una especie de estasis turbulenta: «La masiva participación republicana, [...] ha creado dos olas simétricas que han chocado entre sí»⁷– es un efecto, en opinión de Riley y Brenner, del surgimiento una nueva estructura electoral «organizada en torno a conflictos de intereses materiales presentes *en el seno* de la clase obrera», definida cuantitativamente como el 68-80 por 100 de los hogares estadounidenses, «que no poseen activos y, por lo tanto, deben subsistir obteniendo ingresos salariales». La nueva estructura es el resultado de un cambio bidireccional habitualmente conocido con la locución de «desalineación de clase», que Matthew Karp sintetiza como «el movimiento de los votantes más pobres y con menor nivel educativo hacia el Partido Republicano y la migración paralela de los votantes más ricos y con educación superior hacia el Partido Demócrata»⁸. El sólido resultado obtenido por el Partido Demócrata en las elecciones de medio mandato, sostienen Riley y Brenner, refleja su atractivo «neotecnocrático» para el núcleo de su base electoral consistente en la fracción de los perceptores de altos ingresos salariales en posesión de titulaciones universitarias. En un panorama político muy polarizado, la participación es un factor determinante del éxito y las personas con un alto nivel educativo, que ahora se inclinan por el Partido Demócrata, es más probable que se impliquen políticamente, lo cual supone una ventaja adicional en las elecciones de medio mandato.

¿Cómo explican Riley y Brenner esta transición a un patrón electoral caracterizado por elecciones reñidas y caldeadas, ganadas mediante la movilización de una parte de la clase trabajadora fracturada y reorganizada ideológicamente? El «marco [habitual] de la desalineación de clases», que constituye la explicación rival que ambos pretenden desbancar, interpreta las nuevas fisuras sociales que están reconfigurando

⁷ D. Riley, «Faultlines: Political Logics of the US Party System», cit., p. 49; «Líneas de fractura: la lógica política del sistema político en Estados Unidos», cit., pp. 43-45.

⁸ Matthew Karp, «Party and Class in American Politics: Reply to Riley and Brenner's "Seven Theses"», *NLR* 139, enero-febrero de 2023, pp. 133-134; ed. cast.: «Partido y clase en la política estadounidense: Réplica a "Siete tesis sobre la política estadounidense", de Riley y Brenner», cit., pp. 138-141.

la política electoral como un síntoma de que la «identidad» ha desplazado a la clase como principio determinante de la afiliación política. Esta explicación «idealista», sostienen Riley y Brenner, es «engañosa o, al menos, realmente insuficiente», porque pasa por alto la base «sólidamente material» (aunque «obviamente no de clase») de la política estadounidense contemporánea. Las actitudes y lealtades divergentes de los segmentos de mayor y menor nivel educativo de la clase asalariada «son comprensibles desde un punto de vista pragmático sin tener que atribuir a este grupo un fanatismo que no tiene»⁹.

¿Qué explicación «pragmática» proponen» estos autores? Riley y Brenner vinculan estas nuevas dinámicas electorales al nuevo régimen político-capitalista, que a su vez constituye una especie de adaptación patológica a la «larga recesión», esto es, a la desaceleración verificada a escala mundial del conjunto del sistema, que se inició a principios de la década de 1970 catalizada por la disminución de la rentabilidad registrada en el sector industrial a medida que la intensificación de la competencia internacional sumía a los sucesivos sectores nacionales en crisis crónicas de exceso de capacidad y de débil demanda agregada, situación de la que estos aún no han salido. La erosión de los salarios para subvencionar los beneficios no hizo sino exacerbar la escasez de gasto de los consumidores, mientras que las intervenciones públicas, del estímulo keynesiano a la política monetaria acomodaticia y la expansión masiva de la deuda pública y privada, estabilizaron el sistema a costa, sin embargo, de afianzar sus debilidades estructurales, impidiendo así una reorganización integral capaz de eliminar el capital improductivo. Como explicó Brenner en *Catalyst* en 2017, ante las escasas oportunidades de inversión rentable, los capitalistas «recurrieron a un programa de gran alcance de redistribución políticamente organizada de los recursos en

⁹ Parecería que Riley y Brenner se oponen a las explicaciones basadas en la identidad no solo porque son inadecuadas desde el punto de vista descriptivo, sino también porque son políticamente inútiles y consolidan las mismas dinámicas que pretenden explicar. Las explicaciones «idealistas», explicó Riley en una entrevista concedida a la radio de *Jacobin*, fomentan una «política de moralismo» en la que cada parte denuncia a la otra como irracional o prejuiciosa, aduciendo bien la xenofobia de los «desposeídos» ignorantes o la hipersensibilidad de las elites progresistas arrogantes. Demostrar que las lealtades políticas opuestas no surgen de diferencias insuperables ligadas a la cultura o a valores defendidos fanáticamente, sino de los «intereses materiales» inherentes a la «situación objetiva» de cada fracción de clase, se antoja un requisito previo para renovar la solidaridad entre las clases, «Dealignment? w/ Robert Brenner and Dylan Riley», *Jacobin Radio with Suzi Weissman*, 15 de febrero de 2023.

provecho de quienes ya disponen de mayor renta y riqueza». Los beneficios se mantuvieron mediante la supresión del crecimiento salarial y la aceleración de los ritmos de trabajo, entre otras medidas tradicionales de reducción de costes, y cada vez más «prescindiendo totalmente de la producción» en búsqueda de mayores rentabilidades en la especulación financiera y en la depredación política, aprovechando un repertorio de «estafas políticamente constituidas» entre las que se cuentan instrumentos tan variados como los recortes fiscales regresivos, la desregulación, las infusiones monetarias, los tipos de interés próximos a cero, propicios para alimentar sucesivas burbujas de los precios de los activos, y la socialización de las pérdidas de un sector financiero excesivamente apalancado¹⁰.

En estas circunstancias difíciles y sesgadas, la redistribución del capital al trabajo «se hace extremadamente difícil, si no imposible», produciendo una aviesa «política de redistribución de suma cero, principalmente entre diferentes grupos de trabajadores» en la que «los partidos políticos se convierten en coaliciones fundamentalmente *fiscales* en lugar de productivas». En vez de perseguir sus intereses colectivos como clase, los trabajadores intentan proteger el valor de su fuerza de trabajo agrupándose en «grupos de estatus» –trabajadores «titulados» que promueven «el conocimiento experto» y la «ciencia»; trabajadores «nativos» que se oponen a la inmigración– para «gestionar la competencia». La educación y la raza se convierten así en formas de «clausura social»¹¹.

El «experimento de Biden», que constituye el segundo tema esencial de «Siete tesis de la política estadounidense», es otro síntoma y víctima del capitalismo político, moldeado y a la postre socavado por la debilidad estructural de la economía estadounidense, así como por sus orígenes *sui generis* y «accidentales». «La prosecución de un programa presupuestario muy semejante al seguido durante el *New Deal*, pero en un entorno de nulo crecimiento capitalista, el cual hubiere sido necesario para garantizar su éxito, ha contribuido, como era de prever, al aumento de la inflación» («La inflación es lo que se obtiene cuando se persiguen políticas de gasto público financiadas mediante el déficit vía endeudamiento en ausencia de un capitalismo dinámico»). Entretanto, la política de suma cero a la que ha dado lugar el estancamiento impide una redistribución significativa. Mientras que los programas del *New Deal* y de la Gran Sociedad

¹⁰ R. Brenner, «Introducing *Catalyst*», cit.

¹¹ D. Riley y R. Brenner, «Siete tesis sobre la política estadounidense», cit.

johnsoniana se basaban en una «economía en auge» y en la militancia de la clase trabajadora, la generosidad fiscal «neoprogresista» de la década de 2020 es «en gran medida una respuesta fortuita a la pandemia de la Covid-19», al ejemplo populista de Trump y «quizá» también a la rivalidad con China». En realidad, las palancas del éxito electoral del Partido Demócrata –su «sorprendentemente eficaz» apuesta por las personas con un alto nivel educativo– reducen aún más sus ambiciones legislativas¹². En términos inmediatos, ello se debe a la matriz ideológica de sus partidarios ricos, muchos de los cuales, como ha observado Karp, «se oponen enérgicamente» a las medidas redistributivas progresistas¹³. A largo plazo, el «neoliberalismo multicultural» de corte neotecnocrático del Partido Demócrata «se basa en la naturaleza fragmentada de la clase trabajadora estadounidense y es probable que la fortalezca», impidiendo la coalescencia de las fuerzas sociales de clase, que históricamente han impulsado las reformas a favor de los trabajadores.

Respuestas

El texto de Karp, que opta por yuxtaponer gráficamente las trayectorias políticas opuestas seguidas por dos ciudades de Minnesota –la elegante y exclusiva área residencial de North Oaks, una fortaleza del Partido Republicano que optó por el Partido Demócrata en 2022, y la deprimida ciudad de población masivamente obrera de Hibbing, que se decantó por Trump en 2016 y 2020– constituye menos una refutación que un elegante refinamiento de «Siete tesis sobre la política estadounidense»¹⁴.

¹² Al tratar de disipar una «idea errónea, esto es, que el Partido Demócrata ha sido un fracaso electoral en los últimos años», ¿exageran Riley y Brenner la fuerza de la estrategia no clasista de los Demócratas de apelar a quienes poseen «titulaciones educativas»? Como señala un reciente reportaje de *Jacobin*, «en cuatro de los cinco estados en los que Biden triunfó en 2020 (Michigan, Pensilvania, Wisconsin y Arizona, cruciales para mantener el control del Senado) el electorado blanco sin estudios universitarios era mayor que los electorados blancos con estudios universitarios, negros e hispanos combinados». En lo que atañe a la Cámara de Representantes y en cuanto a los «distritos realmente en disputa [en más del 86 por 100] predomina la población carente de educación universitaria», *The Center for Working-Class Politics and YouGov*, «Trump's Kryptonite: How Progressives Can Win Back the Working Class», *Jacobin*, junio de 2023.

¹³ Matthew Karp, «The Politics of a Second Gilded Age», *Jacobin*, febrero de 2021.

¹⁴ Karp también plantea, sin embargo, algunas advertencias cruciales, señalando, por ejemplo, el modo en que un número cada vez mayor de trabajadores no blancos también se está decantando por los Republicanos, lo cual como mínimo complica el argumento de Riley y Brenner de que la «natividad» y la blanquitud son los principales medios de «clausura social» del Partido Republicano. Riley y Brenner registran esta tendencia de pasada, pero no ajustan su esquema a la luz de la

En particular, Karp propone un planteamiento ligeramente diferente y una periodización más fina. Mientras que Riley y Brenner remontan los orígenes de la nueva estructura electoral a la década de 1990 («definitivamente desde 2000»), Karp sostiene que el «desplazamiento agudo y verdaderamente catastrófico de los patrones de voto en el seno de la clase obrera estadounidense de bajos ingresos —«el tráfico en dos direcciones de los votantes de pocos recursos hacia la derecha y de los votantes adinerados hacia la izquierda»— ha ocurrido únicamente durante la última década»¹⁵. Está de acuerdo en que el cambio se había estado gestando durante décadas —«este orden electoral empezó a temblar por primera vez en la década de 1970»— a medida que «el estancamiento, la desindustrialización y la consecuente retirada del sindicalismo organizado» erosionaron el apoyo prestado a los partidos de centro-izquierda. Pero al observar que Obama perdió North Oaks y ganó Hibbing en 2008, a pesar de los llamamientos republicanos a un nacionalismo excluyente, sostiene que las lealtades políticas solo se invirtieron decisivamente «después de 2012», inversión de la cual la elección de Trump en 2016 se presentó como una especie de desenlace caricaturesco.

Tim Barker y Aaron Benanav, por el contrario, retoman principalmente la caracterización y la crítica de la *bidenomics* efectuada por Riley y Brenner, así como el análisis efectuado por este último de la larga recesión. Este análisis ha constituido el fundamento para «efectuar afirmaciones extraordinariamente fuertes sobre el futuro del capitalismo y la viabilidad de diversos proyectos políticos», sostiene Barker, antes de plantear cuestiones heurísticas, empíricas y teóricas sobre la importancia de la tasa de beneficio en el sector industrial¹⁶. ¿Es la «redistribución políticamente

misma. Algunas estimaciones apuntan a un descenso de 33 puntos en la ventaja de los Demócratas entre los trabajadores no blancos entre 2012 y 2022: «la criptonita de Trump».

¹⁵ La diferente cronología puede deberse en parte a que Riley y Brenner no se centran en la evidencia inmediata de la desalineación de clase, como las puestas de manifiesto en las trayectorias políticas opuestas de Hibbing y North Oaks, sino en su impacto más indirecto en la naturaleza de las elecciones: el cambio de gobierno debido a «márgenes realmente ajustados».

¹⁶ Barker se pregunta «por qué los beneficios del sector [industrial] deberían ser especialmente importantes, dado que representan actualmente solo el 11 por 100 del valor añadido en la economía estadounidense». Nicholas Crafts, en un simposio sobre *The Economics of Global Turbulence*, planteó la misma cuestión: «Me resulta realmente sorprendente que Brenner ponga tanto énfasis en la rentabilidad del sector industrial [...]. El sector industrial es un sector pequeño en las economías avanzadas de hoy en día y su rentabilidad seguramente no determina el ritmo del progreso tecnológico en el sector servicios», Nicholas Crafts, «Profits of Doom?»,

organizada de los recursos en provecho de quienes ya disponen de mayor renta y riqueza» un instrumento analítico lo suficientemente sutil para comprender verdaderamente las políticas fiscales y monetarias de la década de 2020, que incluyen no solo los rescates de la Fed y la enorme laxitud de las políticas monetarias, sino también las medidas de ayuda concedidas a los trabajadores y el endurecimiento espectacular de las condiciones crediticias para contener la inflación? Incluso si la «tendencia general de las políticas públicas es regresiva», Barker insiste en que las consecuencias distributivas, tanto sobre los ingresos como sobre el poder, de unos tipos de interés bajos, por ejemplo, son más ambiguas de lo que sugiere el veredicto de Brenner: «saqueo politizado», el cual canaliza la riqueza hacia los ricos hipertrofiando los precios de los activos y los mercados bursátiles. Las motivaciones instrumentales e ideológicas de la intervención presupuestaria también suelen ser complejas: habría que preguntarse, como hace Barker, «si el gobierno gasta dinero para legitimarse, para comprar votos de los grupos no ricos o para invertir en la versión más barata posible de reproducción social»¹⁷.

La contribución de Benanav, en parte una defensa del análisis de Brenner sobre el exceso de capacidad, es una respuesta a una vertiente subsidiaria del debate lanzada por el breve artículo de Riley publicado en *Sidecar/El Salto*, que glosaba el colapso del Silicon Valley Bank a principios de este año como «una hermosa demostración, casi paradigmática, del problema estructural fundamental del capitalismo contemporáneo»,

NLR 54, noviembre-diciembre de 2008, p. 60; ed. cast.: «¿Los beneficios del juicio final?», *NLR* 54, enero-febrero de 2009, pp. 57-58. Una de las razones de la enorme y persistente importancia del sector industrial es su capacidad para aumentar rápidamente la productividad, hecho que lo convierte en lo que Benanav ha denominado un «importante motor del crecimiento global», tal vez insustituible.

¹⁷ Por ejemplo, las enormes transferencias presupuestarias y tributarias efectuadas durante la pandemia no solo enriquecieron aún más a los más ricos, sino que también ayudaron a los trabajadores más pobres a hacer frente a la subida de los precios, como ha señalado Cédric Durand, «¿El fin de la hegemonía del sector financiero», *NLR* 138, enero-febrero de 2023. Exceptuando la afirmación de que la *bidenomics*, al alimentar la inflación, ha conducido a la «profunda impopularidad» del gobierno de Biden, Riley y Brenner tampoco tienen en cuenta los efectos que las políticas aplicadas pueden tener en el propio campo de la política, por inciertas que sean sus consecuencias macroeconómicas, como, por ejemplo, construir o consolidar alineamientos electorales, alterar el equilibrio de las fuerzas de clase, etcétera. Adam Tooze, por ejemplo, ha descrito la *Inflation Reduction Act* (2022), en su intento de «construir una nueva coalición de capital verde, ecologismo progresista y trabajo organizado», como una «auténtica ingeniería socio-político-económica», Adam Tooze, «The IRA(& the Fed) Debate-Bringing Hegemony Back In», *Chartbook*, 121, 17 de junio de 2023.

a saber, el declive secular de la rentabilidad y el consiguiente recurso a «mecanismos directamente políticos» para generar beneficios. La iniciativa de industrialización nacionalista verde lanzada por Biden, inevitablemente recibida en otros lugares por proyectos de «relocalización» de la actividad económica en Estados Unidos concebidos a modo de represalia, se limitará a agravar «los problemas de exceso de capacidad a escala mundial», exigiendo «un mayor apoyo estatal», ya sea en forma de «inyecciones monetarias» o de «garantías directas de la rentabilidad», lo cual a su vez «no [hará] sino exacerbar el fenómeno del capitalismo político»¹⁸. La refutación de J. W. Mason apareció en *Jacobin*, en la que este defendió las perspectivas de los estímulos y la estrategia industrial, cortados por el patrón del *New Deal*, cuestionando el análisis de Brenner del exceso de capacidad. Mason sostuvo que la noción de que el crecimiento de la inversión en un país «disminuirá las oportunidades de acumulación rentable en otros lugares» entiende erróneamente que la demanda es finita, esto es, que se trata de una restricción «absoluta o externamente dada» en lugar de considerarla como una variable flexible, determinada en parte por los cambios verificados en la oferta por mor de las decisiones de inversión colectiva tomadas por los productores¹⁹.

En respuesta a ello Benanav argumentó que la teoría de la sobrecapacidad de Brenner es, de hecho, dinámica y no estática. El «juego de suma cero» no implica una «cantidad fija de demanda», sino un sistema mundial ferozmente competitivo en el que la continua ralentización de las tasas medias de crecimiento económico enfrenta a las empresas capitalistas y a los Estados entre sí, de modo que el aumento o la recuperación del sector industrial en un país, a menudo conseguido mediante la revalorización de la moneda, solo puede lograrse «a expensas» de los sectores de otros países. Para explicar por qué el exceso de capacidad se ha convertido en un factor tan intratable y ha frenado el crecimiento, Benanav amplía la teoría de Brenner con un esbozo de lo que denomina el «desplazamiento de la demanda de bienes a la demanda de servicios». Dado que el crecimiento de la productividad es más difícil de conseguir en el sector servicios, que es menos susceptible de ser mecanizado que el sector industrial, estos se vuelven más caros en el curso del desarrollo económico, consumiendo proporcionalmente una parte mayor de los ingresos de los consumidores, los cuales gastan menos en la adquisición

¹⁸ D. Riley, «Anegados en liquidez», cit.

¹⁹ J. W. Mason, «Yes, Socialists Should Support Industrial Policy and a Green New Deal», cit.

de productos manufacturados. Así, el desplazamiento de la demanda socava «la dinámica virtuosa [en virtud de la cual] el aumento de la oferta industrial creó su propia demanda», lo cual generó un exceso de capacidad productiva.

Entretanto, escribiendo en *Sidocar/El Salto*, Grey Anderson destacaba el olvido casi total de «la lógica relacional existente entre el aumento del gasto doméstico y la política cada vez más agresiva desplegada en el Pacífico», no solo en el debate suscitado por «Siete tesis sobre la política estadounidense», sino también en las evaluaciones más amplias efectuadas por la izquierda sobre la orientación de la política industrial de Washington:

Contemplada desde los pasillos del poder, la orientación antichina de la política industrial estadounidense no es un subproducto desafortunado de la «transición» verde, sino su propósito motivador. Para sus diseñadores, la lógica que rige la nueva era de gasto en infraestructuras es fundamentalmente geopolítica; su precedente hay que buscarlo no en el *New Deal*, sino en el keynesianismo militar de la Guerra Fría, contemplado desde el punto de vista de los «sabios», que lo llevaron a cabo como una de las condiciones necesarias para la victoria en la lucha de Estados Unidos contra la Unión Soviética²⁰.

Una crítica mordaz del «regreso mundial» de la estrategia industrial, así como de la miopía de la calurosa acogida de la misma por parte de la izquierda, apareció también en *The Brooklyn Rail*, donde Jamie Merchant subrayó de modo similar los objetivos antichinos que impulsan las políticas neomercantilistas de Biden, si bien poniendo de relieve las relaciones económicas y no tanto la lógica de la seguridad nacional. En la medida en que la «redistribución políticamente organizada de los recursos en provecho de quienes ya disponen de mayor renta y riqueza» efectuada en Estados Unidos no trata adecuadamente esta dinámicas geopolíticas más generales, el concepto de «capitalismo político» podría antojarse un marco de referencia provinciano. Como hemos visto, el telón de fondo crucial para el surgimiento del nuevo régimen de acumulación es el desvanecimiento del dinamismo del capitalismo global registrado desde la década de 1970; «Siete tesis sobre la política estadounidense» solo examina, sin embargo, los efectos de esta ralentización mundial en la política estadounidense, como si los sistemas políticos nacionales, aunque moldeados por las fuerzas económicas globales, operaran en un vacío insular.

²⁰ Grey Anderson, «Strategies of Denial/Estrategias de negación», *Sidocar/El Salto*, 15/21 de junio de 2023.

La competencia internacional era el factor central en la explicación original de Brenner sobre el exceso de capacidad, pero ahora ha desaparecido, observa Merchant. La *bidenomics* es producto de la larga recesión en un sentido más profundo, no solo indirectamente como resultado de la dinámica política de suma cero a la que ha dado lugar el estancamiento secular, sino como la reedición estadounidense de «una estrategia que los países capitalistas se ven obligados a adoptar para derrotarse unos a otros en el cambiante escenario de la competencia mundial», lo cual implica la «constante expansión de la huella de los Estados nacionales en las economías corporativas nacionales e internacionales»:

Las diferentes formas nacionales que esto adopta –la *bidenomics* en Estados Unidos, la Estrategia Industrial 2030 en Alemania, Made in China 2025 en China, la iniciativa MII (Make in India) en la India, etcétera– son todos casos particulares de una única transformación estructural de la economía mundial en un paisaje desoladoramente fragmentado de capitalismo de Estado²¹.

Ambigüedades, contradicciones, paradojas

¿Es realmente nuevo el «capitalismo político» en el sentido amplio de la dependencia de los beneficios capitalistas del poder político? ¿No se hallan siempre las economías capitalistas «políticamente constituidas», dado que la obtención de beneficios depende perennemente de la complicidad, cuando no de la intervención activa, del Estado, que establece e impone las condiciones institucionales que permiten la extracción sostenible de plusvalor al hilo de la vigorosa garantía de los derechos de propiedad privada, del ajuste del valor de las monedas y de la regulación de la actividad sindical? ¿Son tan «novedosos» los mecanismos políticos de transferencia de riqueza hacia arriba identificados por Riley y Brenner, como las exenciones fiscales y la privatización, y conforman realmente, por consiguiente, un «régimen de acumulación» específico? Riley y Brenner no definen el término, que procede de la obra de Michel Aglietta *Regulation et crises du capitalisme* (1976), pero es de suponer que un régimen de este tipo fomenta la acumulación de capital en el sentido de que mejora la rentabilidad de la inversión productiva; sin embargo, una de las características definitorias del periodo contemporáneo, especialmente evidente desde 2008, es la persistente depresión de las tasas de acumulación a pesar de que los beneficios como tales hayan repuntado²².

²¹ J. Merchant, «The Economic Consequences of Neo-Keynesianism», cit.

²² En su análisis de las consecuencias de la crisis de 2008, David Kotz define un régimen de acumulación como un conjunto de instituciones e «ideas dominantes»

El capitalismo político no solo ha suscitado este vivaz debate crítico, sino que también ha generado cierta confusión. Su relación con el neoliberalismo, en particular, sigue siendo poco clara; a veces, ambos parecen prácticamente sinónimos²³. La politización de la tasa de rentabilidad parece haber comenzado con el neoliberalismo, como explica Riley en «Líneas de fractura»: «[...] con el comienzo de la larga recesión se produjo una profunda mutación en la base material de la política de partidos estadounidense en torno a 1980. El poder político empezó a desempeñar un papel cada vez más directo a la hora de asegurar las tasas de rentabilidad del capital, desplazando a la inversión y la acumulación. [...] esto podría denominarse “capitalismo político”». ¿Es el capitalismo político un régimen totalmente nuevo o se trata del neoliberalismo en su forma más descarnada?²⁴

Tanto Karp como Barker caracterizan erróneamente el capitalismo político de modo poco coherente al referirse únicamente a las intervenciones públicas a gran escala efectuadas durante la era de la pandemia de la Covid-19. La caracterización errónea se debe en parte a la laxitud de la aplicación del concepto, adaptado con flexibilidad para contextualizar tanto las elecciones de medio mandato como los estímulos presupuestarios, si bien el propio término también podría considerarse engañoso: el «capitalismo político» conjura un Estado contundentemente proactivo,

que promueven la acumulación de capital, lo cual facilita «una elevada tasa de beneficio, el crecimiento de la demanda total y la realización de inversiones productivas a largo plazo». El capitalismo político, desde este punto de vista, se parece más a una intensificación prolongada de la «crisis estructural» del neoliberalismo diagnosticada por Kotz que a un nuevo régimen que lo ha trascendido («las contradicciones de cada régimen acaban provocando una crisis estructural y un periodo de lucha por la reestructuración de la economía política, que conduce a una nueva estructura social de acumulación»), David Kotz, «¿Fin de la era neoliberal? Crisis y reestructuración del capitalismo estadounidense», *NLR* 113, noviembre-diciembre de 2018.

²³ En el editorial de presentación de *Catalyst* escrito por Brenner, por ejemplo, la idea de «redistribución de los recursos políticamente organizada en provecho de quienes ya disponen de mayor renta y riqueza», si no el propio término «capitalismo político», aparece en una sección titulada «¿Qué es el neoliberalismo?» y más tarde Brenner escribe que «retrospectivamente la transición al neoliberalismo ha presentado dos aspectos fundamentales: la austeridad, por un lado, y la inmediata redistribución ascendente de la renta y la riqueza políticamente impulsada, por otro», R. Brenner, «Introducing *Catalyst*», cit.

²⁴ Incluso hay cierta vacilación en «Siete tesis sobre la política estadounidense», tal vez más verbal que sustantiva, en cuanto a si el capitalismo político constituye un «nuevo régimen de acumulación» o «una profunda transformación estructural verificada en el régimen de acumulación» existente, lo cual podría implicar una mutación en el seno del régimen neoliberal vigente.

que gestiona directamente empresas productivas y no un Estado servil y paralizado, que enriquece a los capitalistas de modos que contradicen cada vez más flagrantemente las necesidades de la gente corriente a la que pretende representar²⁵. Recordemos que en «Saqueo pantagruélico», Brenner criticó la financiación de emergencia concedida por la Reserva Federal a las corporaciones —«poniendo recursos monetarios en sus manos sin plantear condiciones sobre cómo deben gastarlo» (por ejemplo, conservando sus puestos de trabajo y absteniéndose de comprar acciones propias)— como un «planteamiento de no intervención sobre los principales productores y actores financieros de la economía por parte del *establishment* bipartidista político-económico estadounidense»²⁶.

De hecho, este tipo de políticas keynesianas expansivas fueron explícitamente criticadas y excluidas del capitalismo político en el editorial escrito en 2017 con ocasión del lanzamiento de *Catalyst*, donde Brenner describió el giro hacia la «redistribución políticamente organizada de los recursos en provecho de quienes ya disponen de mayor renta y riqueza» precisamente como una respuesta a la disminución de la eficacia de los estímulos en la década de 1970. Y entre el repertorio de políticas clásicamente neoliberales que Brenner incluyó en su lista de «estafas políticas» —recortes fiscales, privatización, financiarización— el gasto presupuestario brillaba por su ausencia. En «Saqueo pantagruélico», se lamentaba de la ausencia de una «nueva ola de intervención estatal en aras de una mayor productividad y competitividad», pero en el momento de escribir «Siete tesis sobre la política estadounidense», como señala Barker, el programa de subsidios de Biden, diseñado para impulsar el sector industrial doméstico, se une a la lista de estafas y se le culpa de avivar la inflación.

El conjunto de créditos fiscales, préstamos y subvenciones de Biden, descrito como un «gasto público masivo dirigido directamente al sector privado y dotado de efectos de puro goteo para el conjunto de la población», ¿se ajusta a la lógica del «capitalismo político»? Nadie discute su carácter ampliamente distributivo hacia quienes más tienen, que Thomas Meaney ha descrito acertadamente como la «subvención

²⁵ La filiación epistemológica mixta de «capitalismo político» no ayuda. Branko Milanović lo utiliza en *Capitalism, Alone* (2019) para referirse a la economía china bajo el mando del PCCh, mientras que, como señala Barker, Gabriel Kolko lo definió como «el control empresarial sobre la política» en su libro *The Triumph of Conservatism* (1963). La acuñación original del término por Weber, que describía mediante el mismo la corrupción en la antigua Roma, enturbia aún más las aguas.

²⁶ R. Brenner, «Saqueo pantagruélico», cit., cursivas añadidas.

pública de la rentabilidad del capital privado», lo cual induce a las empresas a invertir en industrias ambiental y geopolíticamente estratégicas mediante la socialización de los riesgos de dicha inversión²⁷. Incluso *The Economist* admite que el volumen de gasto decidido por Biden se «dirige fundamentalmente a las empresas privadas»²⁸. Los subsidios sin duda desembolsan dinero público al capital, cuyos beneficios pueden considerarse en este sentido sustentados políticamente, si no políticamente decretados. Sin embargo, subsumir todas estas políticas bajo el concepto de «redistribución ascendente políticamente diseñada», ¿no «amalgama», como dice Barker, políticas de tipos muy diferentes, mezclando las desgravaciones fiscales con las iniciativas tomadas bajo la rúbrica de «Made in America»? ¿Es sostenible mantener la diferencia entre lo político y lo productivo implícita en la definición de Riley y Brenner, que yuxtapone la inversión productiva con las «inversiones *en política*», lo cual resulta sostenible cuando nos referimos a la *CHIPS and Science Act* (2022) y a la *Inflation Reduction Act* (2022), que ciertamente son medidas redistributivas impulsadas políticamente que transfieren los recursos hacia arriba, pero que también se hallan diseñadas crucialmente para atraer capital hacia el sector productivo?

Si la inversión que este diseño legislativo y las políticas que estimula resultará «productiva» o no, es otra cuestión: la «relocalización» de, por ejemplo, la fabricación de chips, en un «destino de costes altos» como Estados Unidos en combinación con la interrupción de las cadenas de suministro internacionales causada por los controles a la exportación, es probable que sea, a juicio de *The Economist*, «angustiosamente ineficiente», además de amenazar con un exceso global de capacidad. Los efectos sobre el empleo de este aflujo de capital al sector privado estadounidense también pueden ser decepcionantes; el crecimiento del empleo en este sector se ha ralentizado este año y el Bureau of Labor Statistics prevé que el empleo en el mismo se reduzca entre 2021 y 2031, a pesar del «boom» supuestamente provocado por las iniciativas de Biden²⁹. Sin

²⁷ Thomas Meaney, «Fortunas del *Green New Deal*», *NLR* 138, enero-febrero de 2023.

²⁸ «America's Government Is Spending Lavishly to Revive Manufacturing», *The Economist*, 2 de febrero de 2023.

²⁹ «News Release: Employment Projections-2021-2031», Bureau of Labor Statistics, 8 de septiembre de 2022. Véase también Derek Brower, James Politi y Amanda Chu, «The New Era of Big Government: Biden Rewrites the Rules of Economic Policy», *Financial Times*, 12 de julio de 2023. Sobre el potencial de creación de empleo de la agenda THRIVE original, una iniciativa precursora más ambiciosa del programa *Build Back Better*, que incluía importantes inversiones en la economía de los cuidados destinadas a apoyar a las mujeres con salarios bajos y a las personas de color,

embargo, resulta seguramente indiscutible que esta normativa ha sido diseñada para aumentar la capacidad productiva estadounidense y que los fabricantes de baterías y de vehículos eléctricos que se beneficiarán de estas ayudas las utilizarán para comprar factores de producción –construir fábricas, contratar trabajadores– y además que estas inversiones serán un «factor determinante» de sus beneficios finales.

¿Punto muerto provocado por el estancamiento?

La ambigüedad de los estímulos keynesianos se antojaría como un síntoma de una mayor incertidumbre en cuanto a las perspectivas de relanzar el crecimiento y la capacidad de los Estados a la hora de remodelar las economías de forma que superen las debilidades estructurales derivadas del exceso de capacidad y de la caída de los salarios reales. La perspectiva a más largo plazo del retorno de tasas de crecimiento rápido en las economías desarrolladas es sombría. Como observó Gopal Balakrishnan en 2009 es improbable que las revoluciones de la productividad que transformaron la agricultura y la industria, dando lugar a nuevas fases de acumulación, se repitan en las economías dominadas por los servicios, que atienden a poblaciones envejecidas y cada vez más reducidas³⁰. Riley y Brenner se muestran igualmente escépticos sobre las perspectivas de revitalización del capitalismo estadounidense. La política económica de Biden, como vimos, consiste en un «programa presupuestario muy semejante al seguido durante el *New Deal*, pero en un entorno de nulo crecimiento capitalista». Todo ello suscita diversas preguntas: ¿no podría el *New Deal* original, que en sus primeras fases constituyó una respuesta de emergencia a una depresión prolongada, describirse igualmente como un «programa presupuestario [...] en un entorno de nulo crecimiento capitalista»? Aunque fueron los preparativos para la guerra los que finalmente sacaron a la economía estadounidense de su estancamiento, ¿no era el crecimiento el objetivo y no el requisito previo? ¿Y puede describirse la política económica de Biden como un «gasto financiado mediante el endeudamiento público verificado en un entorno de ausencia de crecimiento económico» o su intento estratégico

véase Robert Pollin, Shouvik Chakraborty y Jeanette Wicks-Lim, «Employment Impacts of Proposed US Economic Stimulus Programmes: Job Creation, Job Quality and Demographic Distribution Measures», PERI, UMass-Amherst, 4 de marzo de 2021.

³⁰ Gopal Balakrishnan, «Speculations on the Stationary State», *NLR* 59, septiembre-octubre de 2009, p. 6; ed. cast.: «Especulaciones sobre el estado estacionario», *NLR* 59, noviembre-diciembre de 2009, p. 6.

de fortalecer la capacidad productiva se parece más a «un programa de reestructuración»? Los subsidios incluidos en la propuesta de Biden están muy por debajo del paquete de gasto propuesto en su frustrado programa Build Back Better de 2020-2021, por no hablar del *Green New Deal* de 16 billones de dólares propuesto por Sanders, y apenas llegan al 0,5 por 100 del PIB en comparación con el 6 por 100 del PIB anual invertido en infraestructuras a mediados del siglo XX³¹. ¿Impulsarían la economía programas de inversión de esta envergadura allí donde las políticas económicas de Biden únicamente logran sobrecalentarla? Y si no es así, ¿qué tipo de políticas *podría* reactivar la rentabilidad y las tasas de crecimiento global?

La persistencia de «un entorno de crecimiento persistentemente bajo o nulo» parece, de acuerdo con la interpretación de Riley y Brenner, prácticamente garantizada. Pero su escepticismo sobre la posibilidad de reavivar el crecimiento no solo se fundamenta en las tendencias seculares que afectan a las economías avanzadas a escala global, sino que también está arraigado en un pesimismo más profundo sobre las posibilidades *políticas* de superar en Estados Unidos el estancamiento, dada la dinámica electoral que este ha desencadenado, que se concreta en la existencia de un conflicto de suma cero en el seno de una clase trabajadora fracturada y en la exclusión de «coaliciones de crecimiento hegemónicas». «La política del periodo actual ni siquiera alberga la *esperanza* del crecimiento», afirman; la campaña electoral de Clinton de 2016, por ejemplo, «[no propuso] prácticamente nada relacionado con el crecimiento económico». Pero sea o no esta una descripción correcta de la política estadounidense, especialmente desde el punto de vista retórico³², cabe preguntarse si la afirmación

³¹ «America's Government Is Spending Lavishly to Revive Manufacturing», *The Economist*, 2 de febrero de 2023.

³² Reactivar la competitividad industrial estadounidense como fundamento de un tipo de crecimiento más sólido y equitativo ha sido el argumento clave de los discursos de Biden. En septiembre de 2022 Biden dijo a los fabricantes de automóviles de Detroit, que «estamos reconstruyendo la economía, una economía de energías limpias, y lo estamos haciendo partiendo sectorialmente de las empresas y colocando a la clase trabajadora y a las clases medias en el centro. Estoy harto del “goteo”, no lo soporto. [...] Mi programa económico ha provocado una expansión histórica del sector industrial estadounidense. [...] La producción industrial estadounidense está de vuelta». En diciembre, en la sede de la planta que el fabricante taiwanés de chips TSMC tiene previsto construir en Arizona, Biden también habló de «la gran historia de la economía que estamos reconstruyendo y que debe funcionar para todos [...], una economía que crece colocando a la clase trabajadora y a las clases medias en el centro y que coloca al pueblo estadounidense en condiciones de ganar la competición económica del siglo XXI», declaraciones recogidas respectivamente en «Remarks by President

de Riley y Brenner es un reproche a un error ideológico –un fracaso de la imaginación política– o una observación neutral de un hecho estructural, el resultado político lógico de una situación económica irresoluble. Como resultado del estancamiento, «los partidos *ya no pueden funcionar* en función de programas de crecimiento». Este argumento un tanto contraintuitivo, dado que podría pensarse que los partidos estarían dispuestos a desarrollar «programas de crecimiento» durante los periodos de recesiones prolongadas, surge de una concepción de la política electoral como un proceso fundamentalmente delimitado por el deterioro del sistema, que poco puede hacerse para remediar: en lugar de proponer repuntes productivistas inverosímiles o inflacionistas, los partidos organizan coaliciones presupuestarias de forma reactiva.

El significado más profundo de la crítica de Riley y Brenner al «experimento de Biden» radica, por consiguiente, en que el ámbito de la política electoral está circunscrito por el entorno macroeconómico y por las relaciones sociales y la dinámica política que este genera. Si bien esta es una idea general, su aplicación específica al periodo contemporáneo, transmitida con claridad polémica en el artículo de Riley publicado en *Sidecar/El Salto*, es que la era del capitalismo político excluye los programas reformistas de «tipo socialdemócrata clásico». Demostrar que una reedición del *New Deal*, «basado en las relaciones sociales de un capitalismo industrial extremadamente rentable»³³, es «a la vez irreal e insuficiente», como explicó Riley en la entrevista concedida a la radio de *Jacobin*, parece una de las motivaciones centrales de «Siete tesis sobre la política estadounidense». «En un periodo como este –añadió Brenner en la misma conversación– existen estrictos límites políticos sobre lo que puede hacerse en términos redistributivos»³⁴.

Si estos son los límites políticos de las economías de bajo crecimiento, ¿qué perspectivas hay de tensarlos o superarlos? La vuelta de tuerca implícita en la descripción de la época efectuada por Riley y Brenner es que el nuevo régimen, que enfrenta a grupos de estatus presupuestario entre sí para defender su parte de un pastel estable o cada vez más pequeño, atomiza y desmoviliza a la clase trabajadora, porque, como argumentó

Biden on the Electric Vehicle Manufacturing Boom in America», 14 de septiembre de 2022, y en «Remarks by President Biden on American Manufacturing and Creating Good-Paying Jobs», 6 de diciembre de 2022, ambos textos se hallan disponibles en [whitehouse.gov](https://www.whitehouse.gov).

³³ «Líneas de fractura: la lógica política del sistema político en Estados Unidos», cit.

³⁴ R. Brenner y D. Riley, «Dealignment? w/ Robert Brenner and Dylan Riley», cit.

Brenner en 1985, «*si el resto de factores permanece estable*, la disminución de la rentabilidad y el empeoramiento de las perspectivas generales de las empresas tienden, *por sí mismos*, a aumentar el poder del capital frente al trabajo», lo cual hace que la renovación de los movimientos de clase dotados del peso social necesario para organizar una oposición eficaz al sistema parezca absolutamente esencial al tiempo que se antoja más remota que nunca³⁵. Es como si Riley y Brenner insinuaran que el «capitalismo político» produce un sistema político constitucionalmente incapaz de aliviar la crisis estructural derivada del estancamiento crónico, dado que los partidos realmente existentes son incapaces de «construir coaliciones de crecimiento hegemónicas», limitándose a formar gobiernos con mayorías estrechas y frágiles, mientras que una estructura de clases segmentada por el nivel educativo, entre otras formas de «clausura» identitaria, se halla mal equipada para detener o invertir las consecuencias sociales regresivas del estancamiento económico.

En otras palabras, el estancamiento secular se presenta como algo que reconfigura la política, pero cuya alteración por parte de esta en su nueva configuración, tanto a escala de las elites como de las masas, parece prácticamente imposible. En este sentido, la cronología alternativa de la desalineación de clase ofrecida con mayor precisión por Karp expresa una diferencia de énfasis, si no de perspectiva, reveladora. Aunque la larga recesión y la reorientación hacia el saqueo politizado prepararon el terreno, lo que aceleró el alejamiento de los «desposeídos» del Partido Demócrata fue la transformación sustantiva del propio partido, que se convirtió en un partido «fundamentalmente tecnocrático», rabiosamente neoliberal, en cuya cúspide «[predominan] las más altas jerarquías sociales, culturales y económicas de Estados Unidos», hecho que en opinión de Karp derribó los desvencijados alineamientos en los que el partido se había apoyado anteriormente. Aunque Riley y Brenner señalan que los sucesivos gobiernos demócratas han estado «fuertemente comprometidos con el neoliberalismo», el giro ideológico parece más adaptativo que causal³⁶.

³⁵ Robert Brenner, «The Paradox of Social Democracy: The American Case», en Mike Davis, Fred Pfeil y Mike Sprinker (eds.), *The Year Left: An American Socialist Yearbook*, Londres, 1985, vol. 1, p. 42.

³⁶ En «Structure vs Conjuncture: The 2006 Elections and the Rightward», por ejemplo, Brenner sostiene que «la razón subyacente del precipitado abandono por parte de los Demócratas de la agenda reformista» tras el colapso de la rentabilidad en la década de 1970 «fue que, dada la pésima situación económica, el agresivo comportamiento de las grandes corporaciones y la situación de debilidad y abatimiento de los sindicatos, se encontraron operando en un entorno sociopolítico transformado», añadiendo más tarde: «Al igual que las empresas y los Republicanos se

Mientras que en opinión de ambos los partidos aparecen caracterizados como oportunistas que cambian de forma y que «operan», «se acomodan» y «se adaptan» a las condiciones económicas, a la atmósfera ideológica y al equilibrio de las fuerzas de clase, Karp concede mayor importancia a la toma de decisiones políticas a las que culpa de la situación, concediendo más autonomía al conjunto del campo político. Ante ciertas «corrientes sociales y económicas –escribió Karp en *Jacobin* en 2021– los partidos de centro-izquierda optaron por navegar por ellas de una manera preñada de consecuencias, esto es, «concediendo prioridad a los mercados globales, a los valores cosmopolitas y a los votantes de la clase profesional en lugar de hacerlo a los sindicatos, los salarios y los trabajadores y trabajadoras. [...] La muerte de la política de clase no es una consecuencia que temieran los líderes de estos partidos, sino el objetivo que han perseguido celosamente. [...] La desalineación de clase es tanto un proceso histórico como una opción política»³⁷. Si bien Riley y Brenner deseaban expulsar las explicaciones idealistas de la desalineación de clase, Karp quizá argumentaría que su alternativa materialista, a pesar de su claridad y profundidad, corre el riesgo de corregir en exceso el cuadro no solo eliminando las concepciones del mundo de los votantes de la política estadounidense, sino subestimando la autonomía de los actores políticos, lo cual implica la incómoda conclusión de que la situación de languidecimiento de la economía actual ha transformado mecánicamente el paisaje político estadounidense de tal modo que impide su rejuvenecimiento.

¿Socialismo de suma cero?

Al diagnosticar este punto muerto propiciado por el estancamiento, «Siete tesis sobre la política estadounidense» plantea varias cuestiones políticas difíciles a las que el texto no da respuesta: ¿qué es, como se pregunta Riley en «Líneas de Fractura», «un socialismo apropiado para el naciente régimen del capitalismo político»? ¿Cómo podría lograrse

habían visto obligados a adaptarse al contexto definido por el progresismo del proyecto demócrata del *New Deal* y de la Gran Sociedad y el poder residual del movimiento obrero durante la época de auge económico del periodo de posguerra, así, a partir de mediados de la década de 1970, los Demócratas, en un periodo definido por el estancamiento económico y el poder cada vez mayor de las empresas, se acomodaron al empuje hacia la derecha impulsado por los Republicanos», Robert Brenner, «Structure vs Conjuncture: The 2006 Elections and the Rightward Shift», *NLR* 43, enero-febrero de 2007, pp. 43, 49; ed. cast.: «Estructura versus coyuntura. Las elecciones de 2006 y el desplazamiento hacia la derecha de la política estadounidense», *NLR* 43, marzo-abril de 2007, pp. 40, 46.

³⁷ M. Karp, «The Politics of a Second Gilded Age», cit.

una redistribución transformadora en una época de malestar económico y depredación política? Si las tasas de crecimiento rápido son cosa del pasado y ante la ausencia de una liquidación catártica del capital ineficiente o del descubrimiento de un nuevo «motor de crecimiento» autosostenido, ¿qué aspecto tiene una política realista, humana e igualitaria en una economía permanentemente anémica o estacionaria? ¿Cómo podría renovarse la solidaridad de clase y acumularse poder social en un entorno de conflicto presupuestario de suma cero, que tiende a dividir y desmovilizar a los trabajadores?

Estas complejas preguntas no pueden responderse aquí, ni quizá en ninguna otra sede de forma abstracta. Pero teóricamente hablando es posible especular sobre la presencia de determinadas posibles grietas en el edificio político-capitalista que la izquierda podría explotar. Una apertura potencial es inherente a la que tal vez sea la característica más importante del periodo actual: la divergencia existente entre la tasa de rentabilidad y la tasa de acumulación. Como ha explicado David Kotz, ambas suelen estar relacionadas, ya que unos beneficios elevados estimulan la inversión y aumentan los recursos disponibles para efectuarla. Desde la crisis de 2008, sin embargo, las tasas de acumulación se han mantenido débiles, aun cuando los beneficios han experimentado una recuperación. Esta es la otra cara de la ecuación político-capitalista: al igual que los beneficios ya no impulsan la acumulación, la inversión productiva ya no es el «determinante clave» de la tasa de rentabilidad, lo cual implica una crisis de legitimidad, ya que la correlación entre beneficios y acumulación era la piedra angular del apotegma «lo que es bueno para General Motors es bueno para Estados Unidos», como explicó Brenner en 2017. De acuerdo con esta concepción hegemónica:

Es en interés de todos, incluida la clase obrera, que los empresarios obtengan beneficios, porque solo si pueden obtenerlos estarán dispuestos a acumular capital y, mientras prevalezcan las relaciones de propiedad capitalistas, solo si acumulan capital (aumentan la inversión y el empleo) podrán los trabajadores aumentar su nivel de vida³⁸.

³⁸ En 2017 Brenner sugirió que esta crisis de legitimidad «supuso una enorme apertura política»: «El capitalismo ya no puede garantizar la adhesión positiva de la clase trabajadora al sistema, porque no satisface sus necesidades, y todo el mundo lo sabe». Pero también previó que los Estados capitalistas aumentarían la represión ante la resistencia popular, desplazándose cada vez más de la hegemonía a la dominación, R. Brenner, «Introducing *Catalyst*», cit.

Pero la desvinculación de «hacer dinero» y «producción rentable», tal y como lo expresó Brenner en «Saqueo pantagruélico», no solo deslegitima a la clase capitalista al atenuar la conexión estructural existente entre el enriquecimiento propio y el bienestar general, entre el beneficio y el valor de uso. ¿No podría también esta desvinculación restar poder a las elites capitalistas a medida que los beneficios, extraídos políticamente en lugar de obtenidos de forma competitiva, pierden relevancia social? ¿Y no es la propia dependencia de los beneficios capitalistas de las decisiones públicas un signo de debilidad estructural, así como de un dominio temporal? Cédric Durand se preguntaba recientemente, si la dependencia del sector financiero de la estabilización proporcionada por los bancos centrales podría estar debilitando su hegemonía³⁹. ¿No podría la dependencia de los beneficios de la política tener un efecto similar, recalibrando el equilibrio de poder entre el capital y el Estado?

En 1993 Brenner argumentó que mientras perduren las relaciones de propiedad capitalistas, «el Estado no puede ser autónomo» y ello no porque «siempre se halle controlado directamente por los capitalistas», sino «porque quienquiera que lo controle siempre encontrará brutalmente limitada su capacidad de acción por mor de las necesidades de la rentabilidad capitalista», hecho que constituye la condición previa para lograr un alto nivel de empleo y de prestación de servicios públicos, pero que resulta difícil de conciliar con la implementación de reformas introducidas en interés de la clase trabajadora [durante] un periodo de tiempo prolongado»⁴⁰. Tras el inicio de la larga recesión, continuaba Brenner, el Estado «aplicó vigorosas políticas de austeridad diseñadas

³⁹ «Aunque los Estados solían contemplar con auténtico terror la volatilización de la liquidez del mercado, hecho que constituyó una característica típica de las crisis a partir de la década de 1990, ahora la configuración se invierte: la comunidad financiera depende crucial y permanente de la intervención pública para garantizar la liquidez, para amortiguar las convulsiones del mercado y para la provisión de activos. Esta socialización del capital ficticio como nueva normalidad está empezando a alterar el equilibrio de poder entre el Estado y los mercados», C. Durand, «¿El fin de la hegemonía del sector financiero», cit.

⁴⁰ Robert Brenner, «The problem of Reformism», *Against Current*, núm. 43, marzo-abril de 1993. Wolfgang Streeck hizo una observación similar en 2011, señalando «[...] un conflicto aparentemente irreconciliable entre los dos principios contradictorios de la asignación en el capitalismo democrático: los derechos sociales, por un lado, y la productividad marginal, tal y como es evaluada por el mercado, por otro; [...] una reconciliación duradera entre la estabilidad social y la estabilidad económica en las democracias capitalistas es un proyecto utópico», Wolfgang Streeck, «Crisis of Democratic Capitalism», *NLR* 71, septiembre-octubre de 2011, p. 24; ed. cast.: «Las crisis del capitalismo democrático», *NLR* 71, noviembre-diciembre de 2011, p. 22.

para aumentar la tasa de beneficio, lo cual supuso el recorte del Estado del bienestar y la reducción del poder de los sindicatos y en consecuencia no pudo sino revelarse como absolutamente dependiente del capital». La deriva de la política federal bajo el régimen del capitalismo político –aumento de las exenciones fiscales, donaciones masivas a la empresa privada, etcétera, por no mencionar «los vertiginosos niveles de gastos de campaña y la corrupción abierta a gran escala»–, implica que el Estado estadounidense está cada vez más al servicio de los intereses de la elite, si no capturado en gran medida por ellos. Pero si las necesidades de la rentabilidad capitalista y los intereses de los trabajadores se han desvinculado de forma flagrante, ¿no es posible que, al menos en principio, ello amplíe la autonomía del Estado en lugar de erosionarla aún más? La «dependencia absoluta» del Estado respecto al capital deriva del hecho de que mantener la acumulación parecía necesario para elevar el nivel de vida. En la medida en que el capitalismo político implica un sistema en el que los capitalistas ya han jugado de modo cada vez más intenso la carta de la huelga de capital, absteniéndose de invertir y colocando su capital en un sector financiero hipertrofiado o en la propia política para obtener la consabida rentabilidad, ¿no disminuye este conjunto de comportamientos su pertinencia política?

El capitalismo político implica una fusión corrupta entre el capital y el Estado. En *Catalyst* particularmente, Brenner apenas distingue entre elites económicas y políticas, aludiendo a «las clases capitalistas y sus gobiernos» y mezclando de forma algo imprecisa «quienes dominan política y económicamente el mundo (el 1 por 100 de mayores ingresos o incluso un porcentaje todavía más reducido)»⁴¹. Cualquier relajación del control capitalista sobre el Estado dependería presumiblemente del equilibrio de las fuerzas de clase y del poder social fuera de este. ¿Cuáles son las perspectivas de un reequilibrio a favor de la clase trabajadora? Es prácticamente un axioma del análisis de Riley y Brenner que las economías cuyo crecimiento es lento o se hallan en crisis perjudican a los trabajadores. Sin embargo, si el rápido crecimiento desactivó el conflicto de clase no tanto facilitando la redistribución como obviando la necesidad de la misma, ¿no podría existir potencial político en los antagonismos exacerbados que implica la existencia de un entorno de suma cero? En un análisis crítico del trabajo de Benanav sobre la automatización y el futuro del empleo, Balakrishnan sugiere lo mismo: lejos de bloquear el camino hacia un «futuro más libre», «¿no es la lucha de

⁴¹ R. Brenner, «Introducing *Catalyst*», cit.

clases de suma cero la más radical de todas, dado que plantea la cuestión de quién domina?». En estas condiciones, conjetura Balakrishnan, ¿podría concebirse de nuevo la clase en una forma más «abstracta», de modo que incorporase las fisuras sociales fundamentales a lo largo de los nuevos ejes que «atravesasen las divisiones culturales», lo cual liberaría a «las luchas anticapitalistas de la dinámica autodestructiva de la ideología identitaria»?⁴².

Riley esboza enérgicamente su alternativa en la parte final de su artículo publicado en *Sidecar/El Salto* en la que amonesta a la izquierda por su nostalgia «autodestructiva» del *New Deal*: «Lo que el planeta y la humanidad necesitan es una inversión masiva en actividades de baja rentabilidad y baja productividad: cuidados, educación y restauración medioambiental»⁴³. Pero esta concepción, que tiene afinidades con los programas de «decrecimiento» y su insistencia en la inversión en actividades económicas intensivas en mano de obra y ecológicamente inocuas, como el trabajo de cuidados, sin duda implica una redistribución del poder de enorme envergadura y algo que se aproxima a la planificación democrática, lo cual dependería de la renovación de la oposición de clase suprimida por las fuerzas del capitalismo político. El aumento de la productividad del trabajo alimentó el crecimiento, lo cual facilitó la expansión simultánea de los beneficios, los salarios y los Estados del bienestar. Su declive significará que los beneficios solo podrán mantenerse erosionando los ingresos de los trabajadores, debilitando la demanda y la inversión y agravando así la dinámica de estancamiento. El capitalismo político, en otras palabras, es precisamente el régimen que ha surgido del debilitamiento del crecimiento de la productividad; ¿qué haría falta, pues, para crear una economía de productividad *sistemáticamente* baja

⁴² Balakrishnan ve motivos para un «cierto optimismo» en la nueva concepción *pikettyana* de la clase como «una categoría directamente política, incluso presupuestaria [...] con designaciones numéricas de los ricos –el 1 por 100 o el 10 por 100 más rico– y las correspondientes concepciones estadísticas de la clase trabajadora o el pueblo». Entre las ventajas de esta concepción «más abstracta» de la lucha de clases entre ricos y pobres, Balakrishnan sostiene que «no depende de puntos de apoyo sólidos en el sistema de producción» ni de «formas más antiguas de organización y agencia de la clase obrera industrial». Esto podría ser especialmente importante en la era del capitalismo político en la que los beneficios se obtienen cada vez más a través de medios políticos en lugar de mediante la «producción rentable», cambio que, cabría suponer, debilita considerablemente el poder estructural de los trabajadores, arraigado en su capacidad para perturbar la producción y, con ella, la obtención de beneficios», Gopal Balakrishnan, «Swan Song of the Ultraleft», *Sublation*, 30 de mayo de 2022.

⁴³ D. Riley, «Drowning in Deposits»/«Anegados en liquidez», cit.

y al mismo tiempo más igualitaria y racional, además de obviamente menos destructiva desde el punto de vista ecológico?

La alternativa de Riley a la política industrial y a los *Green New Deals* se enfrenta, por lo tanto, a cuestiones igualmente peliagudas ligadas al poder sobre la asignación de recursos. Una de las paradojas de la definición de capital político es que «político», fortificado con intensificadores como «crudo», «abierto y obviamente», adquiere las asociaciones negativas que podrían haberse reservado para «en provecho de quienes ya disponen de mayor renta y riqueza» y corre así el riesgo de implicar que todo tipo de interferencia política en la actividad económica es regresivo (o inútil) en lugar de poner de relieve su finalidad y carácter específicos asumidos por esta interferencia bajo el capitalismo político. La «ingeniería política» es a la postre quizá una forma de describir la planificación económica, mientras que la «redistribución políticamente diseñada» de tipo igualitario y deliberativo constituye una descripción de una demanda socialista o protosocialista. La concepción de Riley de una «inversión masiva en actividades de baja rentabilidad y baja productividad» implica, por otro lado, el uso del poder político para determinar la tasa de rentabilidad, pero en este caso no para mantenerla artificialmente, sino para suprimirla por la fuerza, es decir, para superar la compulsión sistémica de la maximización de los beneficios a fin de redirigir el capital a líneas de producción menos lucrativas pero socialmente necesarias como, por ejemplo, la construcción de paneles solares a mayor velocidad que la indicada por las señales enviadas por el actual sistema de precios.

El objetivo transformador de la «política de clase», tal y como la definen Riley y Brenner, es ejercer el control político sobre cómo se invierte el excedente social producido por la clase trabajadora: «una democratización completa del proceso de inversión y de su función», dicho en palabras de Benanav, esto es, no la eliminación del poder político del proceso de acumulación y de obtención de beneficios, sino una mayor dispersión de este poder de modo que las decisiones relativas a la asignación del capital y a la distribución de la renta sean tomadas por fuerzas políticas que respondan a las presiones democrático-populares y estén orientadas a la satisfacción de las necesidades sociales sin sobrecargar la biosfera o, para el caso, afectar a la capacidad de otros países para hacer lo mismo. En este sentido, la situación puede asemejarse a la situación que Wolfgang Streeck esbozó hace más de una década:

Hoy más que nunca el poder económico parece haberse convertido en poder político, mientras que los ciudadanos parecen haber sido despojados casi por completo de sus defensas democráticas y de su capacidad para imponer a la economía política intereses y demandas que son incommensurables con los de los propietarios del capital. De hecho, si echamos la vista atrás y analizamos las secuencias de la crisis democrático-capitalista de la década de 1970, parece existir la posibilidad real de una nueva, aunque temporal, resolución del conflicto social en el capitalismo avanzado totalmente a favor en esta ocasión de las clases propietarias, ahora firmemente atrincheradas en su bastión políticamente inatacable, el sector financiero internacional⁴⁴.

La cuestión apremiante planteada por «Siete tesis sobre la política estadounidense» es, por lo tanto, la que Kenta Tsuda expresó en una valoración del decrecimiento como solución al deterioro ecológico, aunque podría aplicarse igualmente al alarmante resurgimiento de las rivalidades interimperiales: «¿Cómo cambiará la humanidad el perfil de quién ejerce el poder político, desplazando a las fuerzas que se inclinan hacia la destrucción de la civilización?»⁴⁵. Si la cuestión no es la politización de la economía *per se*, sino la fusión de la dominación económica y política, la respuesta al problema del «capitalismo político» puede ser, ante todo, política.

⁴⁴ W. Streeck, «Crises of Democratic Capitalism», cit., p. 29; ed. cast.: «Las crisis del capitalismo democrático», cit., p. 26.

⁴⁵ Kenta Tsuda, «Naïve Questions on Degrowth», *NLR* 128, marzo-abril de 2021, p. 130; ed. cast.: «Preguntas ingenuas sobre el decrecimiento», *NLR* 128, mayo-junio de 2021, p. 149.